

DEPENDE de CÓMO nos SENTIMOS en el MOMENTO...

Siân Jones e Ippy (Peace News nº 2435) ■

Superando los tradicionales símbolos gandhianos de pasividad y victimismo, las militantes pacifistas han desarrollado ideas, espacios y estrategias propias. ¿Será suficiente para atravesar las alambradas militares disfrazadas de hadas?

En Gran Bretaña, la mayoría de l@s integrantes de la campaña "Trident Ploughshares 2000" llevad@s a juicio por intentar desarmar pacíficamente los Trident son mujeres.² Eran mujeres las que desarmaron los cazas de tipo Hawk fabricados para Indonesia,³ hay acampadas de mujeres ante la base de espionaje de la colina de Menwith, frente a la planta de la "British Nuclear Fuels Ltd." en Sellafield o en Aldermaston, junto a la sede de la "Atomic Weapons". A lo largo y ancho de Gran Bretaña hay personas y pequeños grupos de mujeres militando en distintas campañas pacifistas: antinuclear, contra el tráfico de armas, antiguerra, por la reducción de la producción del uranio o de solidaridad internacionalista. Sin embargo, no se trata de algo que pueda describirse como un movimiento. Ahora, menos de diez años después de que el último misil "cruise" saliera de Gran Bretaña queda poco de aquel espíritu que se generó alrededor de Greenham, apenas una red de grupos sueltos y de mujeres aisladas cuyas relaciones son más bien endebles y dependientes.

Pocas activistas del movimiento de mujeres pacifistas⁴ o antiguerra tienden a encuadrar su trabajo político dentro de un marco teórico específico. De cualquier manera, Sasha Roseniel ya sugería en sus análisis sobre la acampada por la paz de las mujeres contra la base de misiles "cruise" en Greenham Common, durante la pasada década, que coexistieron diferentes perspectivas entre las mujeres implicadas y que hubo un desarrollo teórico activo construido –aunque de nuevo sólo algunas de estas mujeres lo pondrían en práctica– a través de la praxis cognitiva.⁵ Dicho de otro modo: aprendizaje a través de la experiencia. Muchas mujeres ni se reconocerían ni –conscientemente– se definirían a sí mismas como integrantes de alguna de las tres tendencias que según algunas plumas convivieron en aquel movimiento de mujeres

pacifistas. De hecho, a lo largo de los años ochenta, dentro del movimiento de mujeres pacifistas hubo ciertas sospechas cuando no hostilidad manifiesta hacia las propuestas del feminismo teórico académico.

Maternalismo,⁶ materialismo, feminismo.

En los citados análisis sobre el movimiento pacifista las motivaciones de las mujeres fueron identificadas con tres posicionamientos teóricos: el maternalismo, el materialismo y el feminismo. Ciertamente, la motivación maternalista –crear un mundo mejor para nuestro@s hij@s o proteger el planeta de cara al futuro– enlaza fácilmente con los argumentos del materialismo expresados en eslóganes del estilo "Bread not Bombs" o "Welfare before Warheads".⁷ Ambas

propuestas, a menudo articuladas por medio de diferentes acciones, presuponen que el movimiento pacifista tiene capacidad para incidir en las agendas gubernamentales –bajo el argumento de que se puede conseguir que vayan asignando cada vez menos recursos a los Ministerios de Defensa–. De todas maneras, ambos puntos de partida fracasan al intentar cuestionar el concepto –y la actividad– del militarismo como una función legítima del Estado.

Nosotras sugerimos que sólo las feministas que han descartado

De hecho, a lo largo de los años ochenta, dentro del movimiento de mujeres pacifistas hubo ciertas sospechas cuando no hostilidad manifiesta hacia las propuestas del feminismo teórico académico.

En los últimos años, las principales corrientes del feminismo—con su agenda de la igualdad—ha insistido en la presión para garantizar la igualdad de oportunidades dentro del complejo militar-industrial. Y es esto lo que —particularmente en Estados Unidos— ha sacado a la palestra los casos de mujeres con roles agresivos.

todos los aspectos del militarismo en sus análisis pueden ubicar al "movimiento pacifista de mujeres" al margen y en abierta oposición al Estado. Todavía no se puede afirmar que el feminismo sea un aliado natural del pacifismo. Es más, las mujeres de Greenham Common fueron criticadas por el movimiento feminista —y por el movimiento pacifista— por monopolizar el discurso en torno a los misiles "cruise".

Más recientemente, en los últimos años, las principales corrientes del feminismo —con su agenda de la igualdad— ha insistido en la presión para garantizar la igualdad de oportunidades dentro del complejo militar-industrial. Y es esto lo que —particularmente en Estados Unidos— ha sacado a la palestra los casos de mujeres con roles agresivos, tal y como se demostró recientemente en un reportaje que realizó Kate Adie (periodista de la BBC) vestida de paramilitar para la televisión británica y en el que entrevistó a una teniente de aviación a bordo de un bombardero AWACS. "Se supone que yo estoy al mando de toda la operación" (eran momentos en los que los aviones de la OTAN bombardeaban Serbia) contestó en un momento dado con una modesta sacudida de su repeinado cabello. Las relaciones entre las mujeres y el militarismo son variadas y adoptan formas muy diferentes. Y a pesar de que lo militar es definido claramente como masculino, como tantos otros espacios de poder en manos de los hombres, los límites son lo suficientemente flexibles como para que algunas mujeres "cómplices" puedan incorporarse a esos ámbitos.

Mujeres contra el militarismo.

Como consecuencia de todo lo anterior sólo una pequeña minoría de mujeres —no deberíamos sobredimensionar ni nuestro número ni nuestra influencia— se define a sí

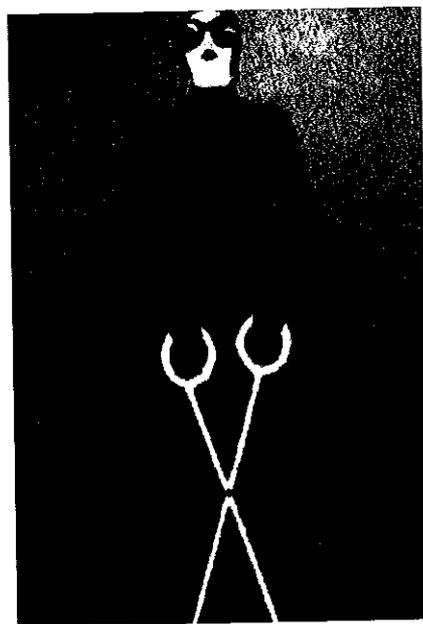
misma como feminista, se sitúa en una posición de enfrentamiento activo contra el militarismo y expresa una crítica específica y de género de la guerra y de la violencia estructural del patriarcado.

El género se contempla aquí desde las relaciones entre hombres y mujeres: cómo se describen, se construyen, se mantienen un mundo de relaciones dominado por el poder masculino, del mismo modo que otras formas de poder dominan las relaciones de raza y de clase.

Este análisis define la guerra como parte del repertorio de la violencia patriarcal (contra las mujeres y, a menudo, contra l@s niñ@s). En este contexto —que incluye relaciones de opresión, violencia doméstica y abusos sexuales o violaciones— la guerra es el último acto de la violencia patriarcal. La guerra nuclear —y el desarrollo, posesión, despliegue y uso final de las ojivas nucleares— es contemplado como el último acto de la violencia patriarcal: el poder para destruir el mundo.

Un análisis feminista de la guerra y del militarismo debe constatar el rechazo de las mujeres a expresarse como víctimas al cuestionar el militarismo. Es más, para muchas mujeres que han sobrevivido al abuso y a la violencia —y para aquellas que han trabajado con supervivientes de la violencia— puede ser extremadamente dramático y angustioso tener que aceptar una práctica que da valor a la categoría de víctima.

Escribía un mujer de Belgrado allá por 1998, cuando la guerra en Kosovo estaba en plena emergencia: "no importa cuales sean los ejércitos (que se vean implicados), la violencia de los hombres contra las mujeres se intensificará: la violación como arma de guerra, la violación en los campos de refugiad@s, la prostitución, el tráfico sexual de mujeres, la violencia doméstica, la limpieza étnica de los matrimonios mixtos, el acoso sexual, los incestos... todas las guerras hacen más patriarcales las relaciones públicas y privadas y legalizan el militarismo, con lo que el estatus de la mujer se rebaja y el odio contra ella aumenta".



Mujeres como víctimas.

Las mujeres son, cada vez más, las principales víctimas de la guerra: desde las esposas y madres destrozadas por las muertes en combate de hijos y maridos hasta las mujeres que integran, mayoritariamente, el colectivo de refugiad@s. Las mujeres son objeto de una particular forma de violencia de género: el uso sistemático de la violación como arma de guerra, cosa que se pudo comprobar en Bosnia-Herzegovina y ahora en Kosov@. Mary Kaldor ha señalado recientemente que la proporción de varones combatientes muertos con respecto a civiles fallecidos durante en el siglo pasado era de ocho a uno. Esta relación estadística se ha invertido completamente en el transcurso de los últimos conflictos.

Desde una perspectiva feminista —de las mujeres en cuanto que víctimas de la guerra— la filosofía gandhiana de la no violencia se torna problemática. Como Ulla Eberhard escribía en 1987: "las teorías clásicas de no violencia exigen una buena predisposición al sufrimiento" y requieren de acciones no violentas que "dejan clara constancia de la subordinación del activista frente al opresor".³ Resulta gratificante tomar conciencia de nuestra coherencia moral y de que nos hemos ganado un lugar en el cielo. Esto quiere decir que si queremos podemos escoger comportarnos como víctimas —con un contrato casi implícito de que esto "animará" a la policía o los militares a actuar de forma violenta contra nosotras— porque si nos reprimen nos sentiremos

moralmente superiores mientras que ellos se sentirán mal. Pero ¿es suficiente con ese sentimiento de superioridad moral?

El movimiento pacifista ha reivindicado el rol de víctima como una poderosa forma de protesta y ha desarrollado todo un repertorio de acciones en las que nosotr@s -l@s oprimid@s- nos enfrentamos a ell@s -l@s opresor@s-. Simbólicamente, nos identificamos con las víctimas de la guerra, bloqueando el tráfico de vehículos con nuestros cuerpos, frente a sedes oficiales en medio de las calles -recordando el poder de aquellos que tienen, tendrán o desearían tener, la potestad para matar-. Pero aunque esto funcione, siquiera a nivel simbólico, nunca ha sido realmente entendido. Nosotr@s -el movimiento pacifista, l@s antimilitaristas- entendemos el discurso pero cuando nos vemos a nosotr@s mism@s representando simbólicamente la muerte nuclear ¿cómo nos ven l@s demás? ¿entienden el discurso sobre el poder tod@s l@s participantes? Quizás, y este es un hecho de capital importancia para nosotr@s ¿el rol de víctima cuestiona a los que tienen el poder o más bien los refuerza?

Un análisis feminista de la guerra y del militarismo debe constatar el rechazo de las mujeres a expresarse como víctimas cuando cuestionan el

militarismo. Es más, para muchas mujeres que han sobrevivido al abuso y a la violencia -y para aquellas que han trabajado con supervivientes de la violencia- puede ser extremadamente dramático y angustioso tener que aceptar una práctica que da valor a la categoría de víctima.

Esta disconformidad de las mujeres para verse a si mismas como víctimas fue desarrollada por Ulla Eberhard y otras autoras en los años ochenta. Sus tesis sugerían que las mujeres estaban desarrollando una identidad de mayor confrontación -que cabría describir como noviolencia activa- y que ella caracterizaba como "no pacífica y no silenciosa", apreciable en acciones en las que las mujeres expresan cólera y furia, toman posesión en vez de ser sujeto pasivo, son más ruidosas que calladas, muestran furia en vez de sufrimiento, amor propio en vez de sacrificio personal.

Por supuesto, la teoría y la práctica son cosas diferentes. Unas veces nos sentimos víctimas, otras no. Algunas mujeres se sienten víctimas, otras no. Como dijo una: "depende de como nos sentimos en cada momento". En ocasiones nos sentimos desvalidas hasta para alzar un hilillo de voz, en otros momentos, nuestra ira puede ser inapropiada y contraproducente; pero a veces lo mejor es gritar y chillar.

Cuando empleamos la acción directa contra los militares o cuando nos enfrentamos a la policía o las compañías de seguridad, también estamos poniendo en cuestión el poder que construye y mantiene el género: el poder que le da a lo masculino la autoridad para actuar con violencia.

Chicas buenas y chicas malas.

Muchas mujeres -o malas chicas- que rechazan los principios gandhianos admitían que estaban llevando a cabo acciones que desafiaban no sólo las fronteras de lo político y de lo militar sino también del feminismo. ¿Dónde si no -aparte de en el ejército o en alguno de esos cursos de simulación para ejecutivos agresivos- podríamos nosotras escondernos en zanjas, atravesar sigilosamente la maleza, escalar, cortar alambradas o tumbarnos delante de vehículos? Lo encontramos excitante a la par que aterrador y algunas de nosotras reconocemos nuestra pequeña debilidad por las descargas de adrenalina. Nosotras éramos -o queríamos ser- las chicas pequeñas que subían árboles, construían refugios, se escondían en



Las que trabajan o han trabajado en las principales corrientes de los movimientos pacifistas todavía encuentran los estímulos en el trabajo en grupos sin hombres. Sienten que es mucho más fácil trabajar en grupos de mujeres: se sienten más seguras de sí mismas, más apoyadas y más autorizadas —cosa, esta última, particularmente importante en situaciones de desautorización como las que se generan en las confrontaciones con los militares o en otras expresiones de violencia—.

cubos de basura, exploraban instalaciones y hacían su entrada en lugares peligrosos.

Cuando empleamos la acción directa contra los militares o cuando nos enfrentamos a la policía o las compañías de seguridad, también estamos poniendo en cuestión el poder que construye y mantiene el género: el poder que le da a lo masculino la autoridad para actuar con violencia. Y a veces tenemos que negociar o cuestionar los límites construidos por el género dentro del propio movimiento pacifista.

Esta cultura de la desobediencia no siempre encaja entre nuestros compañer@s dentro del movimiento pacifista pero si rechazamos las normas de Estado, cosa que hacemos para poner en tela de juicio la potestad básica del Estado de hacer la guerra, entonces, tenemos que cuestionar tanto los supuestos de los estados militarizados en los que vivimos como los supuestos de los movimientos en los que trabajamos políticamente.

Por ejemplo, cuando las mujeres de Aldermaston fueron detenidas por su acción contra los submarinos en el contexto de la campaña TP2000 escogieron no colaborar con la policía. Una de las mujeres comenta que sintió que la desigualdad que establecían las relaciones de poder entre ella y el policía no era el contexto más apropiado para iniciar un intercambio constructivo sobre la ilegalidad del armamento nuclear: “yo quería que las circunstancias bajo las cuales yo explicaba mis acciones estuvieran bajo mi control. Aunque el policía dijo ‘estoy aquí para escucharla’, yo no estaba de acuerdo porque, de hecho, él estaba allí para encerrarme. En

una relación de poder desigual no creo que debas responder a las preguntas de alguien en el modo en que se te esté exigiendo. A menudo ocurre que los hombres preguntan cosas a las mujeres y asumen que tienen el derecho a ser contestados y yo siento que tu puedes enseñar algo a la gente si no cubres sus expectativas. Creo que es bueno que la policía se de cuenta de que hay distintos tipos de gente involucrada (en la campaña), de manera que no se sientan cómodos o crean que somos tod@s iguales o que tenemos los mismos enfoques o estrategias”.

Otra mujer sintió que lo único que tenía que decir era: “que te jodan, no me importa lo que vayas a hacer, lo peor que puedes hacer es encerrarme bajo llave”. Todo esto tiene relación con verbalizar nuestra indignación, transformándola en resistencia energética.

Mujeres como no-víctimas.

Las mujeres tienen razones específicas y de género para rechazar lo militar y esto significa que tenemos que conseguir un espacio para actuar autónomamente dentro del movimiento pacifista. En el pequeño movimiento pacifista post-Guerra Fría y en un mundo post-feminista es quizás incluso más necesario de lo que lo era en los ochenta.

No aceptamos que las mujeres son, tal y como sugerirían algunas gynae-feministas,⁹ noviolentas por naturaleza e intrínsecamente pacifistas. En Gran Bretaña hemos asistido, a la par que al desarrollo de la idea post-feminista de “girl power” —representado por el fenómeno de las Spice Girls— a la invención de las “Ladette” (mujeres comportándose como malos hombres), junto con un incremento en los porcentajes dentro de la población reclusa joven. Estamos socialmente condicionadas por nuestros roles de madres, levanta-ánimos después de las guerras o crías, como los hombres son socializados en sus roles de macho protector, guerrero y soldado; si no ¿por qué —como Cynthia Enloe ha descrito— necesitan los soldados ser entrenados a través de la deshumanización del enemigo y por qué algunos hombres escogen ser objetores de conciencia?¹⁰ Incluso si aceptamos que las normas que regulan la conducta de género permiten que hombres y mujeres acepten los roles y el comportamiento que les son asignados, entonces seguramente esta se

trate de la mejor opción ya que modificando las relaciones de género el conjunto de las relaciones de poder sobre las que se construye la violencia pueden ser cambiadas.

Por supuesto, mientras las relaciones de género permanezcan como están nos encanta mantener todas las vías abiertas. Utilizar la feminidad para subvertir la masculinidad es una de nuestras fuerzas como movimiento: hemos sido educadas, desde que eramos los suficientemente viejas como para sujetar una barbie, en la idea de que podemos utilizar nuestra vulnerabilidad para conseguir lo que queremos. Y esta es la razón por la que algunas mujeres se sienten completamente felices al participar en acciones directas vestidas de hadas o tomando parte en un picnic de ositos de peluche en medio de una base militar. El “Club de Mujeres Excursionistas de Aldermaston” escaló muros a la búsqueda de senderos con hábitos eduardianos¹¹ y grandes sombreros. Pero a menudo, debe decirse, vestíamos ropas masculinas —ropas anchas y pantalones de camuflaje (mallas para los amantes de la moda, muy usadas durante los ochenta)— que son las más prácticas para arrastrarnos por el suelo, para pasar por los agujeros de las vallas, para movernos rápidamente o para desplazarlos en medio de la noche sin que nos descubran los detectores ¿estamos transgrediendo las reglas de la feminidad o simplemente estamos siendo prácticas?

No obstante, debemos permitirnos usar esta vulnerabilidad y es a través de este largo y a veces dificultoso proceso que nos descubrimos capaces de actuar de maneras diferentes. Por supuesto, esto está escrito desde la cómoda perspectiva que ofrece el movimiento pacifista

Como mujeres —y como supervivientes en vez de como víctimas— tanto podemos protagonizar “heroicas” acciones de tipo “militar” martilleando submarinos, como nos podemos disfrazar de conejitas y dar saltos por terrenos cuyo acceso está restringido, como podemos permanecer sentadas en silencio, como podemos gritar a pleno pulmón... testimonio de los crímenes de guerra que se llevan a cabo a nuestro alrededor.

de la agradable Gran Bretaña, donde tanto nosotr@s como los militares conocemos e, incluso, negociamos las reglas. Nosotr@s y ellos sabemos que que aun cuando la policía militar del Ministerio de Defensa está autorizada a portar armas, de momento han descartado su empleo contra nosotr@s.

Rechazar la victimización es rechazar la metáfora dominante del abuso del cuerpo femenino. Para oponer directamente nuestro cuerpos a la mueca siniestra del militarismo debemos ser capaces de resistir el conjunto del mito patriarcal.

Un espacio para las mujeres.

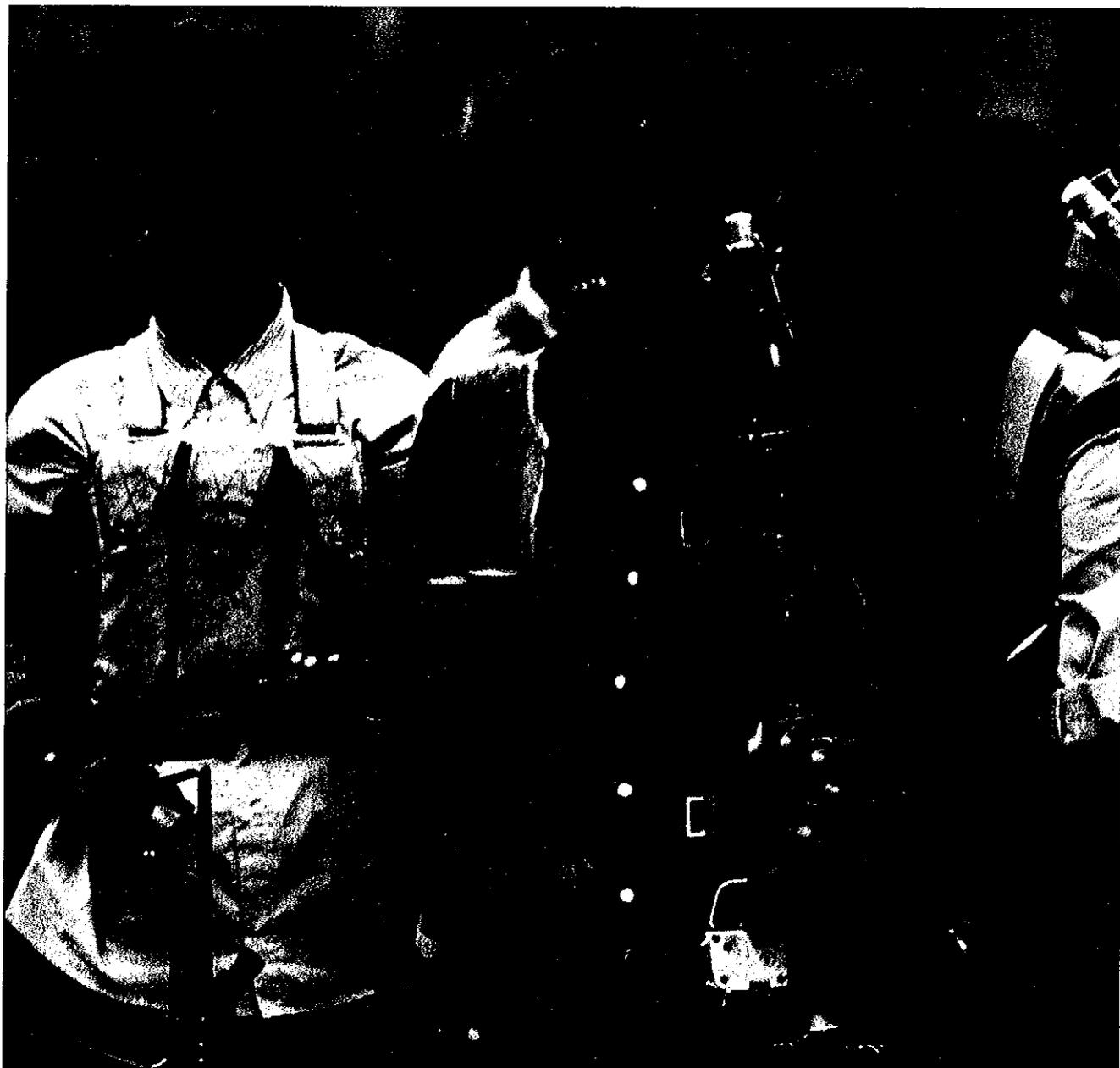
Las mujeres necesitan reivindicar un espacio específico dentro del movimiento pacifista tanto por razones personales como por razones políticas. Aunque el número de mujeres políticamente activas que llevaron una práctica diferenciada

-tal y como hicieron muchas en Greenham- es relativamente pequeño, algunas continúan reclamando el espacio que aquellas mujeres construyeron. Las que trabajan o han trabajado en las principales corrientes de los movimientos pacifistas todavía encuentran los estímulos en el trabajo en grupos sin hombres. Sienten que es mucho más fácil trabajar en grupos de mujeres: se sienten más seguras de si mismas, más apoyadas y más autorizadas -cosa, esta última, particularmente importante en situaciones de desautorización como las que se generan en las confrontaciones con los militares o en otras expresiones de violencia-.

También sienten que hay más facilidades para la participación de distintas formas en estos grupos que, tradicionalmente, han intentado -aunque no siempre hayan tenido éxito- incentivarlas para que se comprometieran activamente, ha-

blaran e hicieran sus contribuciones. Muchas se referían a las diferencias de los "métodos de trabajo" que las hacían sentirse más accesibles y menos hieráticas que en los grupos mixtos.

Dentro de estos grupos, las mujeres que hacen el té o friegan son -teóricamente- equiparadas a las que cruzan alambradas o intervienen en actos públicos. La creatividad, compartir experiencias, la intuición o la imaginación valen más que la experiencia profesional o académica. Existe, asimismo, la sensación de que las mujeres son capaces de ocupar diferentes espacios dentro de sus grupos en distintos momentos, dependiendo de sus circunstancias o de la energía personal. El apoyo y la solidaridad que consiguen trabajando en grupos de mujeres les permite y las capacita para trabajar de forma más efectiva. En los grupos mixtos, incluso las mujeres más capaces y seguras de si





mismas encontraron que fueron silenciadas y ninguneadas –y se vieron en la necesidad de realizar un esfuerzo constante para hacerse un hueco en la discusión además de que las prioridades en torno a las acciones estaban relacionadas con las citadas cuestiones de género-. En los grupos de mujeres y en sus campañas ellas sentían que tenían autonomía a la hora de elaborar el discurso y de ponerlo en práctica.

El asunto de la diferente forma con que los hombres se socializan con la violencia, y de cómo ese rol tácito está implícito en la violencia estructural del sistema también influye para que las mujeres opten por rechazar los grupos mixtos. Dicho de forma práctica, las mujeres se sienten más seguras cuando no hay hombres en una acción directa no violenta dado que la ausencia de hombres desprovee a la policía o a los militares de excusas para usar la violencia. Organizándose por su cuenta pueden subvertir y desmontar el potencial violento.

Formas alternativas de pensar.

Algunas mujeres sienten que tienen casi la responsabilidad moral de crear, proponer y sacar a la luz alternativas para el hacer/ser/pensar/actuar. Las decisiones que se adoptan en las políticas militares y civiles se identifican como un espacio masculino en el que las mujeres –a pesar del desarrollo de la teoría feminista sobre las relaciones internacionales– no tienen el control real de la situación ni capacidad de decisión. Si bien muchas participan en “procesos políticos democráticos” como militantes, también sienten la necesidad de construir alternativas teóricas, incluso a escala reducida.

Esta era exactamente la sensación con que una mujer definía su relación con la policía militar: “bajo

mi punto de vista, las acciones (en una instalación de armamento nuclear) son un ejemplo de las alternativas de este estilo, incluida la opción de que el oficial se implique... hasta donde sea posible desde dentro de –o es de esperar que frente a– su cabeza cuadrículada. Recuerdo que hace algunos años una mujer me contó que cuando se ponía en la carretera (frente a un convoy de misiles nucleares) estaba invitando al conductor a que se parara... era su decisión. La violencia es siempre su opción: pero también es el reverso... De alguna manera todas las incursiones significan lo mismo: no voy a acatar sus órdenes y una vez que tratan conmigo les invito a que abandonen sus contestaciones formales dado que desde el momento en que yo estoy actuando de forma no violenta ellos no tienen justificación para reprimirme de manera violenta”.

Pero una de las razones por las que las mujeres necesitan trabajar juntas es porque no siempre se sienten seguras de sí mismas o con la suficiente confianza. A veces somos frágiles y vulnerables y necesitamos ser capaces de negociar con nuestros miedos y con nuestra vulnerabilidad, siendo capaces de protegernos a nosotras mismas; y otras ocasiones simplemente necesitamos llorar –y sólo lo podemos hacer con otras mujeres-. Donde hay confianza una puede buscar sus propios límites.

Y cuando nos sale la otra cara, somos capaces y estamos dispuesta a enfrentarnos al miedo y a la violencia con fuerza y confianza. Podemos sentirnos poderosas nosotras mismas, con nuestras propias acciones. Como mujeres –y como supervivientes en vez de como víctimas– tanto podemos protagonizar “heroicas” acciones de tipo “militar” martilleando submarinos, podemos dis-

frazarnos de conejitas y dar saltos por terrenos cuyo acceso está restringido, podemos permanecer sentadas en silencio, podemos gritar a pleno pulmón... testimonio de los crímenes de guerra que se llevan a cabo a nuestro alrededor: únicamente depende de cómo nos sentimos en el momento. ◀

Notas:

1. Se refiere a la campaña desarrollada contra los submarinos nucleares. “Trident” (Nota del Traductor).
2. Ver el Peace News de febrero de 1999.
3. Ver el Peace News de marzo de 1996.
4. Se ha traducido “women’s peace movement” por movimiento pacifista de mujeres (N. del T.).
5. “Disarming Patriarchy: feminism & Political Action at Greenham” Roseneil, Sasha, 1995.
6. Se ha traducido “maternalist” por maternalismo (N. de T.).
7. Se refiere a las campañas “Pan, no bombas” y “Bienestar antes que cabezas nucleares” (N. del T.).
8. Ver el artículo de Ulla Eberhard “Against male-orientated nonviolence” (algo así como “Contra la no violencia masculinizada u orientada-hacia-los-hombres” N. del T.). Primera publicación en Graswurzelrevolution y reeditado en Peace News (el 3 de abril de 1997) y en WRI Women n° 1 (enero/feb. de 1987). Ver también la respuesta de Pen Strange “No como miramos sino como sentimos” en el Peace News (13 de noviembre de 1987) y en el WRI Women n° 2.
9. Concepto que l@s personas traductoras y sus limitaciones encuentran in-traducible (N. del T.).
10. “The Morning After. Sexual Politics at the End of the Cold War” (“La mañana del día después. Políticas sobre sexualidad al final de la Guerra Fría” N. del T.) Cynthia Enloe, California, 1993.
11. Se supone que hace referencia, en términos poco elogiosos, a algún tipo de estilo religioso, militar o civil (N. del T.).